

METODO TEOLOGICO Y ESPIRITUALIDAD

Ricardo Antoncich
s.j.

Sacerdote jesuíta, filósofo, teólogo, sociólogo, experto en Pastoral Social. Profesor invitado a varias universidades latinoamericanas. Peruano.

El objetivo de estas reflexiones es mostrar la mutua relación que existe entre el pensar teológico (particularmente, a partir de sus exigencias metodológicas) y la espiritualidad.

El método es esencial para todo trabajo del pensamiento. Sin un método (camino) la mente humana se pierde en la multiplicidad de ideas, de constataciones, de estímulos. No sabe cómo seleccionar los datos que se le ofrecen, priorizar los relevantes, articulados entre sí. El método canaliza, centra, precisa. Por eso, gran parte del trabajo del pensamiento se juega en precisar de antemano el rigor metodológico que debe emplearse en una investigación.

Pero aquí no tratamos de cualquier tipo de reflexión, sino de una que es específicamente teológica, es decir pensar a Dios y desde Dios todas las cosas. Las exigencias del rigor que el método impone al sujeto que elabora un pensa-

miento se conjugan en este caso con la necesaria adaptación a un objeto sui generis del conocer, que sobrepasa la frontera de las experiencias sensibles.

Es aquí donde se sitúa la necesidad de considerar temáticamente la espiritualidad como pertinente al mismo método teológico. Esta es la tarea que aquí nos proponemos clarificar.

No es tarea fácil, porque aparentemente y, en una primera aproximación, lo metodológico y lo espiritual parecen contraponerse y aún separarse. En efecto, la idea que suscita la palabra "método" es la de rigidez, o por lo menos la de rigor con la que el pensamiento debe encontrarse encaminado, de modo que cada paso vaya encadenado al siguiente por una férrea lógica. Frente a eso, lo "espiritual" parece estar marcado por la espontaneidad, puesto que el Espíritu "sopla donde quiere" y nadie puede predecir de antemano sus caminos.

A la lógica férrea de lo metodológico se une, a su vez, el carácter abstracto y, a veces, frío el pensamiento; se habla de "lógica fría" para destacar el carácter objetivo e imparcial del pensar. En contraste, lo espiritual parece caracterizarse por el calor de lo afectivo.

Como consecuencia, parecen oponerse estrictamente todo lo que sea método y lo que pueda ser denominado como espiritualidad.

Nuestro trabajo quiere superar esta separación, y quiere hacerlo precisamente a partir de reflexiones teológicas hechas en nuestro contexto latinoamericano.

Tal vez el más clásico y fundamental trabajo ha sido el de Gustavo Gutiérrez, quien desde el inicio ha querido ubicar la tarea crítica de la teología en la tradición de las tareas clásicas de la teología en sus distintas épocas. Subraya que en los primeros siglos de la Iglesia, la teología estuvo estrechamente ligada a la vida espiritual, porque se trataba fundamentalmente de una meditación sobre la Biblia orientada al progreso espiritual. Es a partir del siglo XIV cuando se inicia una separación entre teólogos y espirituales, divorcio que se mantiene hasta la actualidad. "La función espiritual de la teología, tan importante en los primeros siglos, puesta entre

paréntesis después, constituye no obstante una dimensión permanente de la teología”¹.

Jon Sobrino ha destacado también la importancia del seguimiento de Jesús como actitud moral fundamental². Con mayor pertinencia para nuestro tema podemos recoger lo que Sobrino escribe a propósito del método.

“De aquí se deduce una nueva reformulación de lo que es método teológico. Anterior a los métodos en plural, está el método. Este no es sino el mismo proceso del conocimiento crítica y operativamente considerado (...) Esto implica la supremacía del método como camino del conocimiento sobre cualquier método particular que posteriormente lo aclare o justifique en la teología latinoamericana (...) el método de la teología de la liberación es fundamentalmente el camino que ha recorrido (...) El método como camino no se concentra en la reflexión crítica sobre el camino del conocimiento, sino en el mismo hacer camino real. Quisiéramos aclarar esto con un ejemplo. En la teología europea el “seguimiento de Jesús” se ha relegado normalmente a la teología espiritual y apenas si ha influido en la cristología, y cuando lo ha hecho ha sido para mostrar la peculiar conciencia de Jesús que se muestra en la exigencia de un seguimiento incondicional. sin embargo, el “seguimiento” de Jesús como lugar epistemológico de conocer a Jesús ha sido ignorado casi siempre y está ausente de las cristologías contemporáneas sistemáticas. La teología latinoamericana sin embargo comprende el método teológico en el sentido del camino real” (...) “lo que está en juego es la misma intelección de lo que es método teológico. Teológicamente hablando, la respuesta está en la misma historia de Jesús. Cristo es “verdad” en cuanto es “camino”. Si a esta expresión se le quita lo que pueda tener de piadosista, se está diciendo que el método de la teología es recorrer, no pensar, el camino de Jesús. Los métodos, en plural, tratarán de esclarecer el camino real de Jesús (exégesis histórica), los caminos concretos que hay que recorrer hoy en una historia y en una geografía distintas a las de Jesús (hermenéutica), lo que ha habido de verdadero y falso camino en la historia de la existencia cristiana (historia de la Iglesia), la ubicación real del camino en el mundo actual (las ciencias sociales), el sentido totalizante y trascendente experimentado en ese camino (teología

¹ G. GUTIERREZ, *Teología de la Liberación. Perspectivas*, Sigüeme 1975, 7a. edic. p. 24.

² J. SOBRINO, *Cristología desde América Latina*, CRT México 1976, p. 117-129.

sistemática), el peligro inherente a la fe de ideologizar el camino (teología crítica)³.

Es evidente que esta concepción en primer lugar explica lo que entendemos por espiritualidad, y proseguir a su articulación con el problema del método teológico.

1. ESPIRITUALIDAD

Considero como una de las mejores definiciones de "espiritualidad" la que podría fundamentarse en el breve texto de Pablo en 1 Cor 2,11: "¿Quién conoce lo íntimo del ser humano sino el espíritu que está en él? Así también las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu Dios".

Basados en este texto, podemos entender la espiritualidad como "encuentro del espíritu humano con el Espíritu de Dios". Este es el camino utilizado por Juan Pablo II en su Encíclica *Laborem Exercens* para presentar la espiritualidad del trabajo. Todo trabajo, aun realizado manualmente, es expresión de la interioridad humana, forma parte de su "proyecto" de hacer y de existir. Por eso todo trabajo es susceptible de ser vivido "espiritualmente" cuando se constituye en punto de encuentro entre lo profundo del espíritu humano, con lo profundo de Espíritu de Dios.

Entender de esta manera la espiritualidad, significa, en primer lugar, que no puede existir espiritualidad, si en el ser humano no se da un proceso de descenso hacia lo que es más íntimo y profundo de sí mismo. La espiritualidad tiene pues sus condiciones que los clásicos han destacado con mucha insistencia: clima de silencio, interioridad, espíritu de contemplación. Un espíritu "superficial" es incapaz de espiritualidad porque no llega a encontrarse consigo mismo, en lo interior y profundo de su propio ser; tan sólo en la intimidad se puede dar la plenitud de la autoconciencia que permite tomar toda la vida en las manos y ponerla con sinceridad en la presencia del Señor.

³ J. SOBRINO, *Resurrección de la verdadera Iglesia. Los pobres como lugar teológico de la eclesiología*, Sal Terrae 1984, p. 21-53, cita en p. 39.

Pero esta capacidad de introspección se da, en el caso de la espiritualidad, como condición para un proceso dinámico, para un quehacer, para un proyecto. El ser humano, presente a sí mismo, se proyecta hacia su historia futura en un salir hacia la acción, que lo define por la comunión con sus ideales y aspiraciones. En el proyecto, que es un espacio del querer hacer, se revela también el querer ser. En nuestro caso, el proyecto en cuestión es el pensar teológico; por tanto, con propiedad podemos y debemos hablar de una espiritualidad de quehacer teológico.

En segundo lugar, la espiritualidad entendida como "encuentro del espíritu humano con el Espíritu de Dios" implica en forma paralela la convicción de que el misterio de Dios sólo se nos hace accesible en el Espíritu. Dentro del misterio eterno de la comunión de las Tres divinas personas, se debe poner el origen de toda existencia; hemos sido pensados ab aeterno, en el Hijo, para poder ser eco del Espíritu de la filiación que nos remite al Padre, principio y fin de toda existencia humana.

El designio del Padre creador implica una voluntad, un proyecto, un deseo, sobre cada uno de sus hijos; lo llamamos "vocación", que por el Espíritu se expresa como una particular capacitación, como un carisma de servicio. La tarea que el ser humano se auto-asigna cuando llega a lo profundo de sí, puede coincidir o no coincidir con la llamada de Dios. Cuando se da esta coincidencia, es decir, cuando el ser humano hace de su vida un proyecto que refleja exactamente el deseo de Dios sobre él, vive "en estado de espiritualidad", por la total y existencial comunión de sus proyectos íntimos con la voluntad del Señor.

La espiritualidad no se encierra pues en los privilegiados momentos del encuentro orante entre los hijos y el Padre; se expande a toda la vida, cuando toda ella explicita y hacer realidad la voluntad manifestada en la experiencia de oración. Si el "Padre Nuestro" como paradigma de toda oración cristiana nos señala una pauta, es que la comunión de hijos como el Padre se encamina a pedir la gloria del nombre de Dios, la aceptación de su Reino, la realización de la voluntad divina. El mismo Espíritu que nos permite clamar "Abba Padre" es el que conduce en la existencia de cada hijo la realización

de la voluntad del Padre en el proyecto personal de vida que coincide con el deseo de Dios.

La espiritualidad debe afectar, por tanto el ser total del teólogo; debe encontrarse en la raíz de su quehacer. Su tarea se convierte en un auténtico "ministerio" como ejercicio de un carisma personal de servicio a la comunidad, dado por el Espíritu que gobierna dicha comunidad, y en comunión con los carismas de dirección de la comunidad, que el mismo Espíritu da a los pastores.

Por el Espíritu el carisma del teólogo se inserta en la vida misma de la Iglesia, se vuelve servicio a la fe del Pueblo de Dios, cooperación consciente con el ministerio episcopal del magisterio.

Se ha señalado que la santidad de la Iglesia, es decir aquella que brilla en los mejores de sus hijos, tiene que ser también un punto de referencia del quehacer teológico; es fruto del Espíritu en una interpretación existencial de la fe vivida por los que son propuestos como ejemplo de la vida cristiana.

En este sentido, la "santidad" de la Iglesia no es solamente un elemento que debe ser tenido en cuenta metodológicamente por el teólogo, como "materia prima" de su reflexión, sino una exigencia personal que le afecta como sujeto del teologizar; como interpelación que metodológicamente debe hacer explícita en su trabajo teológico, como condición subjetiva de la rectitud de su pensar. En este sentido creo que debemos interpretar las ideas de Sobrino sobre el seguimiento; no se trata de tenerlo en cuenta en el pensar, sino de practicarlo en el vivir. El método teológico debe ser no solamente el camino, el recto pensar; sino la expresión de un recto actuar. Así como en las ciencias, su interna lógica se verifica en las aplicaciones prácticas de la técnica, del mismo modo, el pensar teológico debe estar unido a la praxis de la fe, a la verificación del testimonio, a la riqueza de la vida pastoral de la comunidad.

De las exigencias subjetivas, que también son requisitos del recto método teológico, debemos pasar a las exigencias objetivas del método teológico mismo.

2. EXIGENCIAS DEL METODO TEOLOGICO

El método debe permitirnos una recta aproximación al objeto del pensamiento. En este punto debemos ir más allá de una consideración del "teologizar" en forma abstracta, sobre lo divino, para referirnos en forma concreta al pensar a Dios conforme a la revelación, es decir, a teologizar el misterio Trinitario.

En efecto, el método teológico debe ser consciente del peculiar objeto de esta ciencia que escapa a todas las limitaciones del saber empírico. El saber filosófico puede trascender esas fronteras y conducirnos hacia el Ser Absoluto, Infinito, Trascendente.

La afirmación cognoscitiva del Ser Necesario, del Absoluto, no puede quedar - si quiere ser una auténtica afirmación integralmente humana - en la mera constatación especulativa de la existencia de ese ser divino, por parte del sujeto que hace teología. Para ser coherente con la afirmación cognoscitiva es necesario situarse existencialmente como criatura contingente, salida de las manos del creador. Humilde reconocimiento que frena la tentación de orgullo de un ser que con su pensamiento es capaz de englobar la totalidad del mundo, de la historia, y de sus últimos y radicales fundamentos. La teología nos lleva al misterio insondable; la palabra teológica invita por sí misma al silencio orante; todo este proceso es pues, espiritualidad.

Sin embargo, todo ello nos ha colocado en el campo de un pensar simplemente filosófico sobre el Ser Absoluto.

No estamos hablando de este nivel teológico. Nuestro tema nos sitúa explícitamente en una teología específicamente cristiana, que por la fe acepta la revelación del misterio trinitario, del Hijo enviado por el Padre, con la fuerza y el amor del Espíritu Santo.

La teología específicamente cristiana tiene que tener como su objeto central el conocimiento de Dios como "Padre de nuestro Señor Jesucristo". Esta manera de entender a Dios la distingue en forma absoluta de cualquier otra representación de lo divino. El ser de Dios se agota en la paternidad - que evidentemente por sí misma está exigiendo la filiación. Podemos decir, pues que en Dios nada

existe que no sea paternal-filial en el mutuo amor del Espíritu. Por tanto la revelación que nos llama a la fe, no es la de un contenido doctrinal sino ante todo la aceptación de una persona, la del Hijo de Dios, que nos conduce hacia el Padre. La revelación es la aceptación del revelador, del Hijo, en cuanto Hijo, y por tanto, revelador del Padre.

Así como es imposible afirmar - en forma existencialmente integral - al Absoluto necesario sin colocarse como finito y contingente, es decir como criatura ante el Creador, de la misma manera es imposible al ser humano poder entender a Dios como Padre, sin situarse existencialmente como hijo o hija. Tal "posición" existencial - que puede abarcar todo el decurso de una existencia terrena empleada en la gozosa tarea de crecer en la filiación de Dios - es la única manera adecuada de poder hablar de Dios en términos justos y comprensibles.

Pero no se trata de saber que las dos personas están mutuamente referidas, sino de entender la relación en el misterio de una mutua comunión, que es personal, que es el Espíritu Santo. La relación amorosa Padre-Hijo no es mero "accidente" que se aplica en determinados momentos a dos personas, a la semejanza de los padres e hijos humanos que entre sí, circunstancialmente, actúan las relaciones mutuas de paternidad y filiación. La relación en Dios es permanente, sustancial, personal; inherente al Padre y al Hijo por la relación eterna del mutuo amor.

Esta perspectiva del pensar teológico implica por tanto la necesidad de un camino existencial, que cada hijo de Dios ha de vivir en torno a la persona de Jesús.

El Verbo Encarnado no sólo explica el misterio de un Dios Trinitario, sino que también explica el sentido y constitución de todo el universo. Hemos sido creados en el mismo proyecto de filiación que tiene en el Hijo su centro. La creación entera no es sino la obra paternal-maternal del amor del Padre que ofrece todo lo creado a sus hijos. ¿No está aquí el más rico fundamento del magisterio social sobre el destino universal de los bienes? Por eso todo lo creado tiene que recapitularse en Cristo, el Hijo obediente al Padre y por El retornar como gloria de Dios.

En este recorrido de seguimiento, al Jesús histórico lo encontramos en el misterio pascual. Seguir a Jesús es entrar con él en el misterio de la Pascua, encontrarse al crucificado y al resucitado. Tiene mucha razón Jon Sobrino cuando escribe que, a diferencia del pensamiento griego que ponía en la admiración la fuente de todo conocimiento, es el dolor, en nuestro contexto latinoamericano lo que nos impulsa a pensar teológicamente.

“Y en ese dolor encuentra la verdadera analogía para conocer lo teológico: reconocer la historia presente del mundo como la historia continuada de la pasión de Dios. En los momentos cumbres de la revelación de Dios siempre ha habido algún dolor: el clamor de los oprimidos en Egipto, el grito de Jesús en la cruz, (según Marcos), los dolores de la creación entera que espera su liberación. La teología latinoamericana ha privilegiado los gemidos de los oprimidos como aquello que mueve a pensar teológicamente”⁴.

La comprensión de la persona y de la misión de Cristo, es decir, de su ser filial y de su misión mesiánica nos obliga a escuchar a aquel Espíritu que lo envió a liberar a los oprimidos, dar vista a los ciegos, hacer caminar a los cojos, etc.

Seguir al Jesús crucificado es entrar en comunión liberadora con el sufrimiento de los pobres. Es desde allí desde donde debe pensarse al Dios Trinitario, que en el Hijo comulga con el dolor del mundo para traer la redención y la libertad. el método teológico a que el seguimiento da origen es el enraizamiento en los problemas más urgentes y dramáticos de la vida humana de los hijos de Dios. Y es precisamente un método que exige la obra del Espíritu, porque nadie es capaz de dar testimonio coherente de comunión en el dolor del hombre y en el dolor de Cristo, sino quien está sustentado por la fuerza del Espíritu.

La dimensión martirial viene a ser dimensión posible de un pensar a Dios desde una perspectiva comprometida con el dolor de la humanidad. Una vez más se manifiesta que es imposible hablar de Dios Padre, si el teólogo no está dispuesto a amar radicalmente a sus hermanos, hijos de ese Padre que necesitan de su palabra teológica para vivir con mayor sentido la fe.

⁴ J. SOBRINO, *Resurrección...*, p. 43.

El Espíritu hace vivir al teólogo su vocación como servicio; el Espíritu nos permite escrutar lo profundo del misterio de Dios, donde el Padre ha amado tanto al mundo que le ha entregado a su Hijo Unigénito (Jn 3,16); por el Espíritu que se ha derramado sobre nosotros entendemos el amor del Padre misericordioso que manifestó su perdón cuando nosotros todavía éramos pecadores (Rm 5,5-8).

3. UNA ESPIRITUALIDAD COMO INTRINSECA EXIGENCIA DEL TEOLOGIZAR CRISTIANO

Hemos tratado de mostrar, por una parte, que la actitud subjetiva del teólogo exige que él viva su quehacer teológico en el clima de una verdadera espiritualidad. Su trabajo intelectual lo compromete existencialmente como ejercicio de un carisma, de una vocación que es llamada del Espíritu para que lo más profundo de su propio espíritu humano, como fue una opción por este modo de vivir y de realizarse como "pensador de la fe", sea vivido como carisma de servicio eclesial.

Por otra parte hemos tratado de mostrar también cómo se dan exigencias objetivas de espiritualidad en el mismo quehacer de pensar teológicamente la fe cristiana como revelación del misterio Trinitario, al cual somos llamados a integrarnos, prolongando en la historia humana la obediencia filial del Hijo. Entramos pues en el misterio de Dios siendo conducidos por el Espíritu de amor que nos permite filializarnos para podernos encontrar con el Padre.

Nuestro objetivo ahora, en esta tercera parte es mostrar cómo el método teológico, por sí mismo, es incomprendible sin una actividad tanto del espíritu humano, como del Espíritu de Dios.

En efecto, el pensar teológico, por definición, tiene un objeto que es inasequible a la experiencia sensible; no le cabe pues la univocidad de las ciencias naturales, ni se agota en una apertura a las dimensiones hermenéuticas, propia de las ciencias sociales.

Desde la teología clásica medieval se subraya la exigencia de la analogía para el pensar teológico creyente. En el campo de las

realidades existentes, la sacramentalidad de lo visible es como un paralelismo real a lo que en el pensamiento se expresa por analogía.

Ahora bien, en ambos casos, el pasar de los datos sensibles a un nivel diferente de ellos, pero con ellos intrínsecamente relacionados, es obra del espíritu humano; es algo que el conocimiento animal es incapaz de realizar; sólo el espíritu capta las analogías y las sacramentalidades, porque no queda prisionero de los datos empíricos de su conocer, ni limitado a la mera reacción de estímulos. Los datos sensibles son puerta, llave, llamada para otro orden, otra realidad diferente, ultrasensible, o por lo menos evocada pero no presente sensiblemente.

El Espíritu de Dios realiza con la suavidad de su acción la capacidad de pasar de lo inmediatamente dado a lo ulteriormente reconocido; es una invitación, sumamente respetuosa de la libertad humana, porque el paso de lo sensible a lo ultrasensible supone el riesgo de creer. Los contenidos de la fe no se imponen por su evidencia material; esperan una respuesta que debe nacer de lo íntimo de la libertad.

Podríamos decir que los contenidos teológicos por estar marcados por la analogía son precisamente expresión de una presencia del espíritu humano, el único capaz de interpretar lo sensible más allá de sí mismo, y del Espíritu divino que nos permite leer "entrelíneas" de la naturaleza y de la historia, y pasar de lo explícitamente escrito, recuperando lo implícitamente sugerido.

Sin la obra "espiritual del pensar analógico" la teología puede quedarse con las simples constataciones sociológicas (vg. unificando unívocamente la expresión "pueblo" de la Iglesia, con el carácter sociológico de todos los pueblos, dejando en segundo lugar la analogía de ser un "pueblo de Dios"). Lo mismo sucede con la constatación sociológica del poder. Sólo por analogía entendemos que el auténtico poder eclesial no es el que se asemeja, en sus signos exteriores y en su ejercicio, al de los poderosos de este mundo, sino aquel que se asemeja al misterio pascual de un Cristo servidor del Padre y de los hermanos. Sin la analogía, al pensar en el poder nos olvidamos que es un poder dado a Cristo y marcado por su misterio de pasión y resurrección, y dado por El a su Iglesia. Al olvidar esto

nos quedamos con un poder ejercitado en formas muy lejanas a la del espíritu cristiano.

Es nuevamente la analogía lo que debe salvar al pensamiento teológico de constituirse en legitimación ideológica de los poderes de este mundo, porque nos recuerda que el poder de Dios se manifiesta en la debilidad de sus testigos, en la firmeza de la verdad, en el testimonio del martirio de quienes prefieren obedecer a Dios antes que a los poderosos de este mundo.

Es el Espíritu el que hace que nuestro obrar se vuelva en algún sentido sacramento de gracia, prolongado por el testimonio de la vida cristiana la obra maravillosa de los sacramentos eclesiales. Por el Espíritu se encarna en nuestra conducta nuestra vocación filial y fraterna.

Con esto hemos querido señalar que la espiritualidad corresponde al método teológico no sólo por la subjetividad del teólogo que debe vivir su vocación "espiritualmente", ni sólo por la objetividad del misterio, que es la revelación del Dios Trinitario, del Padre que envía al Hijo con el Espíritu y que por tanto nos exige como método el seguirlo por la adhesión total a su persona y a la obra de su Reino, historicado en el presente de la humanidad; sino también en la esencia misma del método teológico que debe consistir en el lenguaje analógico y en las expresiones sacramentales que dan al pensamiento y a la realización de la fe un sentido más allá de lo inmediatamente sensible. Donde lo inmediatamente dado es susceptible de ser interpretado espiritualmente asumiendo el riesgo de la actitud de creer.

Dirección del autor:
Chancay 750
Apartado 10226
Lima, 1
Perú.